

## **Yokai**

Esta es la historia de una tetera. Comenzó hace cuatro siglos en la ciudad montañosa de Nikko, en Japón. Sus primeros recuerdos son borrosos: unas manos en la arcilla suave, cubriendo el molde de metal. Un contenedor donde el material se vertió como un líquido caliente, al rojo vivo, hasta que el hierro se enfrió y cobró su forma definitiva. La familia Hidari la recibió como regalo de agradecimiento a fin de año. El maestro, perteneciente a una de las más pujantes familias ebanistas que trabajaban para el shogun, preparaba su té en ella. Se cuidaba de ponerla sobre un fuego suave para que no se arruinara la manija ni la textura que la cubría, casi imperceptible, parecida a la nervadura de una hoja. Él pulió la madera de varios de los templos de la ciudad durante el período Edo, lo hacía tan parejo que su tacto era el de la seda. También diseñó el ala este del edificio Toshogu, incrustando en los paneles de sándalo láminas de oro tan finas e imperceptibles que apenas el caminante pasaba percibía un destello en la esquina del ojo y se quedaba con la sensación de haber visto el aletear de un ala dorada sobre la madera. No eran pocos los que retrocedían unos pasos para volver a experimentarlo.

El trabajo duro tuvo su resultado y el maestro Hidari fue convocado a una reunión con el sobrino del shogun. Le pidieron que tallara un mural en uno de los templos que se estaban terminando. Esto constituía uno de los más altos honores a los que podía accederse como artesano del señor. Allí se iba a lucir no solamente como maestro de la técnica sino también como artista. Podía proponer una imagen que acompañaría a

los monjes por siglos, transmitir alguna enseñanza que el tiempo se encargaría de eternizar. Sin embargo, no podía concentrarse. Un lienzo en blanco era lo único que aparecía en sus sueños. Día y noche, pensaba en aquel mural. Su mujer le alcanzaba la tetera llena y un cuenco de arroz humeante. Era lo único que comía y bebía. Pasó un año. Después pasaron otros dos. Seguía sin encontrar el motivo del mural. La tetera permanecía al lado suyo con hojas verdes en agua caliente; no hablaba pero era su mejor compañía. Una tarde Hidari entendió que había tenido todo el tiempo enfrente suyo el motivo de su mural. Tomó una hoja en blanco. Dibujó tres siluetas de la tetera y les hizo ojos. Eran cabezas de monos. Terminó rápidamente los prototipos de los tres monos sabios. Uno se tapaba los ojos, otro los oídos, otro la boca. No hablaban. No escuchaban. Tampoco veían el mal. El símbolo era poderoso. El mural que inspiró la tetera del maestro Hidari se hizo tan célebre que al día de hoy las tres figuras de los monos sabios están entre los emojis de todos los teléfonos del mundo. El shogun aprobó los diseños y el señor Hidari comenzó su tallado.

Una semana después de que instalaran los tres monos sabios en el templo, el maestro murió de un infarto mientras dormía, como si su cuerpo hubiera aguantado justo hasta completar esa obra. Fue cremado según el rito shintoista. Sus objetos más preciados se ubicaron al lado de su urna funeraria en un lugar visible de la casa familiar. Allí estuvo su tetera durante un par de siglos. Después pasó de mano en mano, hasta que una mudanza la llevó a Tokio. Una heredera del señor Hidari se casó con un extranjero que la llevó aún más lejos. Esa nueva familia fue la que la cruzó de continente. La tetera viajó en avión adentro de una valija. Hace poco más de una década llegó hasta la casa de otra familia joven, un matrimonio con un hijo pequeño.

Allí fue olvidada en una repisa, juntó polvo y pelusa, por años nadie la tocó, y una fuerza de origen ignoto comenzó a crecer en su interior. Esta es la historia de esa tetera. Este es el día en que despierta.

\*

Fue quizás cuando modificaron la disposición de los muebles, movieron los objetos de lugar y quedó expuesta a la luz directa del sol. Hubo un cambio en el aire. Y el gas que venía macerando adentro suyo hizo combustión. Aquel día el hombre se fue de la casa y cerró la puerta sin mirar atrás; durante la noche la mujer se quedó hablando por teléfono hasta tarde en una voz susurrante, el hijo se despertó varias veces, hubo pasos sobre el piso de madera, entre una y otra cama. La tetera escuchaba. No veía. No hablaba. Solo escuchaba. Ese fue su primer acercamiento al mundo vivo. Oía un llanto pequeño cercano y un moverse de sábanas inquietas más allá. Pero no podía decirse que estuviera despierta. Era como un centro gravitacional moviéndose por impulsos eléctricos. Dudosamente vivo. Los ruidos del día podían volverse monótonos. En las noches todo resultaba mucho más claro. A la semana escuchó nuevamente la voz grave. ¿Él había vuelto?

—Una cama es solo una cama —escuchó que decía él.

—Una cama es una cama —escuchó que repetía ella.

—Dentro de poco voy a llevármela. Estate preparada.

Ahora ella dormía sola en la cama doble que él había traído a la casa, pero pronto iba a llevársela. Ella tenía que reemplazarla. La tetera escuchaba que ella guardaba

cosas en cajas, percibía mucho movimiento. Pasaron días enteros en los que ella se dedicaba a los objetos. A veces suspiraba. La escuchó decir por teléfono que metía partes de su vida en cajas. Que embalaba años enteros. La escuchó decir que iba a renovar los utensilios de la casa. Que esperaba que él se llevara cosas y dejara lugar. Que los muebles entraran en nuevas configuraciones. Que el ambiente pareciera otro. Que el aire hiciera nuevos remolinos. Quería que él fuera desapareciendo como una nube. Que hubiera espacio vacío. La tetera no tenía mucha idea del vacío. Escuchaba el roce de las telas al entrar en las valijas. ¿Terminaría en una de esas cajas? Pero parecía invisible. Nadie la tocaba.